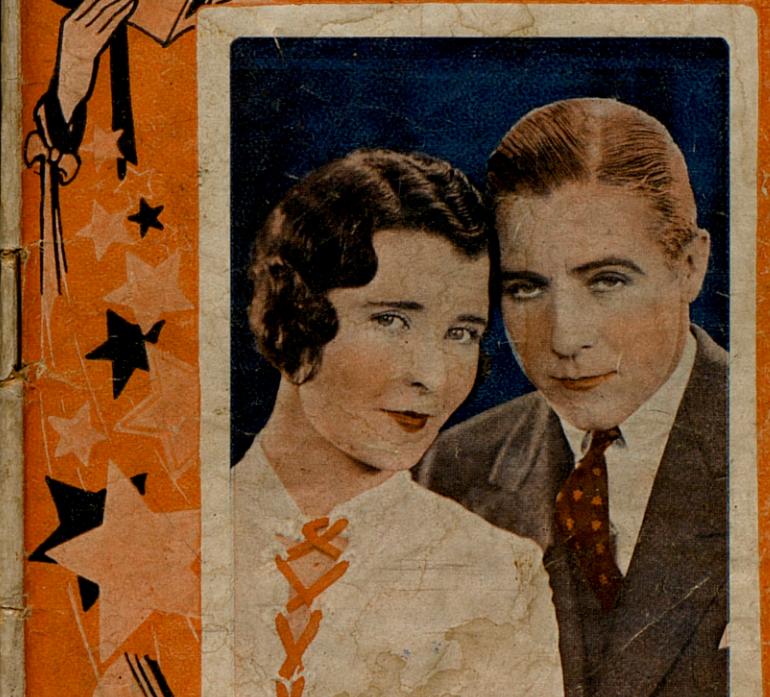


# La Novela Americana Cinematográfica



Núm. 8

30 cts. Alejandro, "El Grande"

por  
Richard ST  
y Ruth DW

## LA NOVELA AMERICANA CINEMATOGRÁFICA

**Publicación semanal**

Francisco - Mario Bistañé  
Director

AÑO I NÚM. 8

## Alejandro, "El Grande"

Comedia de A. C. WITWER,  
adaptada y dirigida por  
DUDLEY MURPHY

## Intérpretes:

Ruth Dwyer, Albert Conti, RICHARD SKEET  
GALLAGHER, Charles Byer y Patricia Avery

6

**EXCLUSIVA DE**

**L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66 Barcelona

Postal-regalo: LEATRICE JOY

Editor — R. G. T. JONES

Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona

Plaça de la Paix, 10 bis. - Barcelona

## Alejandro, "El Grande"

*Argumento de la película*

Alicia Zilch, una criatura encantadora, monísima, moderna hasta la coronilla, pero mucho más bonita que moderna, con un tipo capaz de quitar el dolor de cabeza á cualquiera, sin necesidad de los calmantes Bayer, por muy Bayer que sean, se había casado ¡qué lástima! se había casado con un hombre... con un hombre que no era, ni mucho menos, tan bonito como ella.

Esto, que a simple vista parece un absurdo, tiene su lógica. Y es que Alicia ¡ay, Alicia! quería lucir un marido ante sus amistades y se convenció de que no lo lograría sino casándose. Y se casó.

El afortunado mortal que disfrutaba de la exclusividad más exclusiva de la monísima Alicia, era Eduardo, corredor de automóviles y otras hierbas. Su carácter distaba de ser el mismo de su mujer. Él se había "ahorcado" con el dulce

lazo pensando que viviría como el ermitaño en su ermita, pero le había salido el tiro por la culata. Seguramente, si quedase viudo—aunque, francamente, no lo deseaba, porque su mujercita tenía unas "cosas" que no encontraría en las demás, ni buscándolas con lupa—, no se volvería a casar. Antes se haría fraile, para gozar de esa paz que tanto anhelaba.

Desde su boda, Eduardo no conocía una hora de reposo. Cuando terminaba su trabajo de ir y venir buscando la ocasión de "colocarle" a alguien un camión o un cacharro de tres cincuenta, con piezas de recambio y todo, su mujercita, prodigándole caricias, le hacía cenar de prisa y le obligaba a salir a tomar café en cualquier sitio elegante o para asistir a una función teatral, cuando no a un concierto. Y Eduardo, que era más bueno que un billete de veinte duros, se dejaba hacer, porque las caricias de su cara—¡y qué cara!—mitad lo podían todo.

Por si Eduardo no tuviese ya bastante con los caprichos de su mujercita, he aquí que un buen día recibióse en el hogar del joven—lo de joven lo decimos por ella—una carta de un primo de la esposa, que vivía allá en un pueblo, en una granja, entre vacas, caballos, aves y mozas lozanas como manzanas colgando de las ramas, anunciando que pronto Nueva York contaría con un habitante más.

Eduardo se llevó las manos a la cabeza y no pudo menos de decir a su cónyuge:

—¡Sólo me faltaba que tu primito se invitase

hasta triunfar en esta torre de Babel! ¡Y no es poco iluso el niño!

En efecto, el pueblerino, Alejandro Henley, anunciaba en su carta que, como su homónimo el tío Alejandro—y lo de tío lo decimos porque lo fué—, estaba dispuesto a conquistar el mundo, y el mundo, para él, era Nueva York.

Alicia, saliendo por los fueros de la familia, dijo a su marido:

—Mi primo es más listo de lo que te figuras.

—¡Qué me vas a contar a mí de un paletó, mujer!

—¡Mi primo no es ningún paletó!

Previendo la tormenta que se avecinaba, de continuar la discusión, Eduardo calló y mostróse de acuerdo en recibir en su casa al primito, a Alejandrito, el patatero, que quería ser, nada menos, Alejandro, El Grande.

El provinciano anunciaaba su llegada para el día siguiente, y una hora antes de la misma, Alicia dió prisa a su marido para que se arreglase.

—¡Mira que vamos a llegar tarde al tren y que Alejandro se enojará, creyendo que no nos importa un comino su viaje!

—¡Cuando pienso en la lata que nos va a dar ese soñador hasta que encuentre algo... o se convenza de que lo mejor que puede hacer es volverse a sus coles y zanahorias! —repuso Eduardo.

—No temas. Tú no le conoces para hablar así de él. Ya verás como no tarda los ocho días que él dice en triunfar en Nueva York.

—Pero, ¿tú también crees que es posible semejante locura? ¡Vencer, lo que se llama vencer, en Nueva York, en esta Babilonia incomparable, en ocho días! Oye, deja que me ría... y perdona que me desabroche los pantalones, para carcajadear mejor. ¡Es gracioso el primito! ¡Lo que me voy a burlar de él!

—¡Eduardo! ¡Cuidado! ¡Es mi primo... y ofenderle a él, es ofenderme a mí!

Hablando, hablando, se les pasó el tiempo, y llegaron a la estación en el preciso instante que los viajeros, los últimos, salían del andén.

—¿Habrá salido ya nuestro primo? —dijo Alicia, mirando hacia todas partes.

—Supongo que habrá tenido bastante sentido común para esperarnos.

—¿Y si se ha imaginado que no hemos podido venir a esperarle?

—Ya tiene la dirección de casa, y andando, andando... se va a Roma. ¡Y él, siendo tan inteligente, figúrate!

—¡No te pongas irónico, Eduardo, que me "acribillas" los sesos!

—Es un decir, mujer...

Alejandro acababa de salir del andén. No había visto a sus primos, y, hombre de acción, se dijo que lo mejor era ir a su casa, en lugar de arriesgarse a esperarles en la sala *ad hoc* quién sabe cuánto tiempo.

Al salir del andén, tropezóse con el empleado encargado de recoger los billetes a la salida, y,

saltándole el corazón de alegría; el provinciano dijo al buen hombre, que lo caló en seguida:

—¡Aquí estoy, amigos!... Yo soy Alejandro Henley, que viene a demostrar a la metrópoli que los pueblerinos no son tan tontos como los pintan.

Con el empleado se hallaba otro buen hombre de la estación, y, ambos, guiñándose un ojo maliciosamente, se dispusieron a burlarse, a hacerle pagar la novatada al campesino.

—Bien, amigo, bien... Usted triunfará... Se le vé en la cara...

—Más que en la cara, se me ve dentro de mí... es decir, yo lo presiento, ¿comprenden?...

—Eso quisimos decirle...

—Bueno, ya llegué... y ya era hora ¡carambóbilis! Después de quince horas de tren, el pasear es un placer... ¿Quiere usted indicarme esta dirección?

—¿Pasear, dice usted? ¡Oh! No podemos consentir que vaya usted andando, señor Henley... Tome el primer auto que encuentre y cárguelo a la Compañía.

—¡Hombre, muchas gracias! Eso es atender bien a los forasteros. Así se engrandece una nación.

Alejandro, tragándose el anzuelo, dirigióse hacia el primer auto que vió en la calle, frente a la estación. Acomodóse tranquilamente en él, e iba a indicar la dirección de la casa de sus primos, cuando la dueña del coche, pues se trataba de un coche particular, llegó al pie del mismo,

acompañada de un caballero muy bien compuesto y cuya fealdad y antipatía contrastaban con la hermosura de la mujer, y dijo, dirigiéndose a Alejandro:

—¿Hará el favor?

Alejandro, encantado de tratar conocimiento con una señorita tan encantadora, mucho más interesante que las mocitas de su pueblo, contestó, confundiendo la pregunta:

—Pasan, pasen ustedes, sin cumplidos. Podemos ir los tres en el coche y apearnos cada cual a nuestro destino.

La joven miró a su acompañante e impidiendo que éste dijese a Alejandro que estaba metiendo las dos "patas", repuso al pueblerino:

—Es usted muy amable. Con mucho gusto subiremos a este coche, yéndo usted como primer pasajero.

Y subieron, muy a pesar del acompañante de la primorosa mujercita.

Ésta era Mabel Munson, y aquél Camilo Brown, interesado en la belleza de la elegante jovencita... pero mucho más en sus millones, pues era hija de uno de los reyes modernos.

Al sentarse, Mabel, mirando fijamente a Alejandro, le manifestó:

—Supongo que el coche no es de usted...

—Todavía no, señorita...

—Lo digo... porque es mío... es decir, era mío, y creo que lo sigue siendo.

Alejandro se sorprendió. No había para menos. Pero de sorprenderse a asustarse hay mucho

trecho, y no se asustó lo más mínimo, ni al ver a Camilo mirándole con cara de idiota satisfecho de que se hubiese *colao*.

Sin perder su sonrisa, porque él sabía que cuando se pierde una cosa cuesta mucho volverla a encontrar, Alejandro hizo además de levantarse del asiento, y disculpóse con toda corrección:

—Pido mil perdones... Una equivocación... Como es esta mi primera visita a Nueva York...

Mabel estaba persuadida de que Alejandro era un excelente muchacho, un poco demasiado ingenuo, acaso, y no quiso que se moviese del coche.

—¿ Esta es la dirección de la casa donde viven su parientes? —le preguntó, después de consultarla en un papel que él llevaba en la mano.

—En efecto, señorita... Voy a casa de mis primos...

—Precisamente, nosotros vamos en esa dirección y tendremos mucho gusto en acompañarle.

—No quisiera molestarles...

—No es molestia... Es un placer...

—Siendo así...

Y sonriendo Mabel, y sonriendo Alejandro... pero refunfuñando para sus adentros el cazador de dotes Camilo, el auto de aquella embragó, rumbo a la dirección dada por el nuevo Alejandro.

En aquellos momentos, los primos preguntaban al portero de la estación por el provinciano, describiéndoselo Alicia con toda clase de detalles, gracias a los cuales, aunque con menos también,

lo reconoció el buen hombre, por haber sido él el autor del consejo de que tomase el primer coche que le viniese a mano.

—Si ha seguido mi indicación—repuso—, estará en un auto... o en la comisaría...

—¿ Cómo?

Y Alicia, comprendiendo el peligro que pasaba su primo, empujó a su marido hacia el coche de su propiedad y desde el mismo exploraron la calle, y al ver alejarse en otro coche a Alejandro, le siguieron a prudencial distancia, no pudiendo darle alcance debido al intenso tránsito en aquella parte de la ciudad.

Alejandro, ajeno a la persecución de que era objeto, hablaba con Mabel, prescindiendo en absoluto de que junto a ella estuviese también el cazador de dotes, porque era un señor intragable a primera vista y luego también.

—Yo tenía un Ford en mi pueblo... pero este coche me parece algo mejor—comentó, atreviéndose a establecer tan insignificante diferencia entre el coche que poseía en el pueblo y el de Mabel, que era de los más caros.

Mabel y Camilo cambiaron miradas llenas de burla, y Mabel, muy seria, como si tratase con un gran personaje, le preguntó:

—¿ Piensa usted permanecer mucho tiempo en Nueva York?

—Le diré... Hasta que me haga millonario... pero no creo que tarde mucho en ello.

De nuevo, la pareja tuvo que contenerse la risa, y, para conseguirlo mejor, Mabel miró, de

abajo arriba, un imponente rascacielos, apartando, así, la vista de uno y otro jóvenes.

Alejandro, siguiendo la mirada de ella, contempló, a su vez, el formidable edificio, que parecía la obra de un loco que pretendiera escalar el cielo, y opinó, con pasmosa naturalidad:

—Eso no es nada... En mi tierra tenemos montañas más altas.

Con tanto caudal de sangre fría, no era de extrañar que Alejandro pretendiera hacerse millonario en ocho días, como si lo hubiese apostado en el pueblo con el alcalde, el secretario y el señor cura.

\* \* \*

Al llegar a destino, Alejandro apeóse del coche, y agradeciendo a Mabel su amabilidad, le prometió que no olvidaría fácilmente a la primera persona—que era ella—que había encontrado en Nueva York.

—Estoy convencido de que el haber tenido el placer de saludar a usted apenas llegado aquí, ha de traerme suerte, señorita. Y no me olvidaré del agradable paseo que hemos dado en su coche.

—Es de esperar que su triunfo será tan rápido y rotundo como usted confía.

—Adiós, señorita... Caballero...

Camilo sonrió satisfecho. Al fin se marchaba aquel imbécil.

—Se olvida usted de las maletas—le dijo, de pronto, Mabel.

—¡Es verdad!... ¿Quiere usted dármelas, caballero?

Y Camilo, a regañadientes, le descargó el equipaje.

El auto reemprendió la marcha seguidamente, y cuando Alejandro, después de haber contem-



Y no me olvidaré del agradable paseo que hemos dado...

plado varias veces a Mabel, quien también se volvió a saludarle, se dirigía hacia la casa de sus primos, éstos, que acababan de llegar, se le reunieron en la acera de la calle, echándosele al cuello a Alicia, dando muestras de extraordinaria alegría.

—¡Chico, qué guapo estás! ¡No pareces el mismo!

—¿Verdad que no?

—¿Quién te ha vestido?

—¡Yo! Hace rato que lo hago solo.

—Por supuesto. Me refería al traje.

—Es de Londres... confeccionado en el pueblo.

—No creía verte así.

—¡No iba a venir aquí con zuecos o guiando la segadora mecánica!

Eduardo, molesto por las caricias que se prodigaban los primos, se creyó en el caso de intervenir.

—Este joven debe ser el primo Alejandro, ¿no?

El aludido se separó de Alicia, y colocándose frente a Eduardo, dijo a aquélla, sonriente:

—Tu marido, ¿verdad?... Lo he conocido en seguida por su cara de mártir.

Eduardo quedó de una pieza. ¡Qué gracioso era Alejandrito! ¡Y qué fresco! Mal empezaba el conocimiento entre ambos.

—Vamos a casa. Estarás cansado, ¿verdad, rico? —dijo Alicia a su primo, colgándose cariñosamente de su brazo.

—Yo no me canso. ¡A mi edad cansarme!

Hicieron ademán de entrar en la casa, pero como las maletas quedaban en la calle, Alicia indicó a su marido que se encargase de ellas. Y Eduardo, furioso, tuvo que cargar con el equipaje, que pesaba varias toneladas.

Ya en el interior de la vivienda de los cónyuges, Alejandro, con quien Alicia se mostraba extraordinariamente tierna, como si en lugar de primos fuesen hermanos que no se hubiesen visto desde hacía muchos años, se ocupó de Eduardo.

—¿Qué, amigo? ¿Eres feliz con mi prima? Te has llevado un buen bocado, ¿eh?

—Aquí, aunque no tanto como en tu pueblo, somos también listos.

—Si en todo tienes el mismo gusto que en la elección de compañera, eres un gran hombre, pero me parece, por el alfiler de corbata que llevas, que tienes aún mucho que aprender en materia de elegancia.

—¿Qué es lo que tiene mi alfiler?

—Es una rueda de carro, o poco menos.

—Poca vista tienes, porque no es más que una herradura de caballo.

—Lo cual no deja de tener relación con el carro.

—¿También hacéis chistes malos en el pueblo?

—Los importan de aquí. Y, hombre ¡qué veo! ¡Cigarros! ¿Los fumas buenos?

Y sin pedirle permiso, Alejandro se apoderó de varios cigarros puros que asomaban por un bolsillo del chaleco de su primo. De buena gana éste se los hubiera quitado, pero, por no dar que decir a Alicia, calló y, fingiéndose cariñoso, acabó de vaciar el bolsillo en cuestión, diciéndole a Alejandro:

—Te dejabas uno...

El provinciano se acercó a la ventana desde

la que se veía la calle, y Eduardo, acercándosele, le sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué miras con tanto interés?

—Una gran ciudad es algo así como un "ring" para los hombres de sangre y de nervio.

—Entonces, te veo derrotado en cuanto te lancés a la calle.

—¿Me has mirado bien?

—Hace rato... y me pareces un solemne soñador.

—Yo me reservo la opinión que me he formado de ti, por no hacerte salir los colores a la cara.

—Los hombres hablan claro. ¿Qué opinión es esa, vamos a ver?

—Ya te he dicho que me la reservo. Vamos, no seas niño, que ya te ha salido bigote y todo.

—¿Qué manera de hablar es esa?

—La mía, chico.

—Pues la tendrás que cambiar conmigo, ¿entiendes?

—¡Qué ocurrente eres! Anda, lleva mis maletas a mi cuarto. Has de saber atender a los invitados.

—¿Quién te ha invitado a ti?

—¿No somos parientes? Pues en mi casa estoy.

—¡La caraba en salsa tártara!

Alicia, que había ido a cambiarse de ropa, sorprendió a los dos hombres preparándose a ponérse verdes, y separándolos, arguyó:

—Calma, calma... Yo sé que acabaréis por ser los mejores amigos del mundo.

Se aplacaron los ánimos, y, un poco después, los tres comían apaciblemente, al parecer, pero un fuego intenso ardía en el pecho de Eduardo.

Alejandro se había propuesto amargar la existencia a su primo, ante la seguridad de que no le consideraba más que un pobre iluso sin el menor destello de ingenio, y, fumándose uno de los puros de Eduardo, aprovechó una distracción de éste para verter la ceniza del cigarro en la taza de café del pariente, quien, al apurar un sorbo, comentó:

—Este café tiene hoy un sabor exquisito... ¡Moka puro!

—Como sé que te gusta fuerte, y a Alejandro también, he añadido un poco más que de costumbre.

El provinciano se dió a pensar en lo que le había ocurrido desde el momento de su llegada a Nueva York.

—El portero de la estación quiso burlarse de mí... pero yo me he sacado el viaje en auto gratis y me burlo de él.

—Te tomó por uno de esos campesinos sin un átomo de experiencia.

—Seguramente, Alicia; pero no hay que fiarse de las apariencias.

—Y, ¿quién era aquella señorita con la que ibas en aquel auto particular?

—Ah! Era una linda muchacha, toda ama-

bilidad, muy simpática... ¡Cuánto daría por encontrarla otra vez!

Eduardo se reía por lo bajo, pensando en cómo le habría tomado el pelo la señorita del coche.

Pero Alejandro estaba seguro de que Mabel no le olvidaría, como él a ella tampoco.

Y, aunque no era adivino, Alejandro no andaba equivocado, pues que, en su casa, Mabel, recordando la aventura, decía, en aquellos momentos, a su padre:

—He tenido un gracioso encuentro en la estación, papá...

Contóle lo ocurrido, y el señor Juan Munson, su deudo, el millonario que monopolizaba en Nueva York las agencias de transportes, la escuchaba complacido, y sonrió al oír lo que como término de la narración, dijo su hija:

—Me gustaría volver a ver a ese muchacho...

De modo que, sin temor a equivocarse, podemos decir que Alejandro deseaba un reencuentro con Mabel, y a ésta le sucedía lo mismo.

Aquella noche, los tres primos—primos en el mejor sentido de la palabra—decidieron ir a pasar unas horas amenas en un restaurante nocturno donde se bailaba a los acordes de una selecta música.

Alejandro había lanzado la invitación, pero no quería que Eduardo aceptase ir con él y Alicia; y, toda vez que no tuvo más remedio que aceptar su compañía, se juramentó dejarle que pagase la cuenta.

De pronto, después de un número de baile eje-

cutado por una espléndida danzarina, muy digna de ser admirada, porque era todo un tratado de buenas fórmas, Alejandro, para inquietar, hasta inconscientemente, a su primo, le quitó un puro del bolsillo de su chaleco, valiéndole este gesto ya habitual en él, una furibunda mirada del "perjudicado".

Alicia miraba hacia las mesas, examinando, por curiosidad, a los que las ocupaban, y, de súbito, exclamó:

—Ahí está esa muchacha de la que dijeron los periódicos que estaba comprometida con un noble de rancio abolengo.

—¡Qué rancia será ella también!—dijo Alejandro, para quien la nobleza de los títulos no contaba.

Pero al comprobar, siguiendo la dirección de las miradas de su prima, quién era la aludida muchacha, su corazón brincóle en el pecho con ansias locas de escapársele, cual si una avispa clavase en su parte más sensible su afilado agujón.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes retortijones?— preguntóle el primo.

—¡Qué retortijones ni qué narices, hombre! ¡Mira!... ¡Mira!...

Y señalaba a la joven en cuestión.

—¡No acciones!... ¡Tú no sabes quién es esa señorita!

—¡Ya lo creo que lo sé!... Es mi futura esposa.

—¿Qué?

—¿Tu esposa, primito? ¿Sabes lo que dices?  
—Sí, Alicia... Ni estoy loco, ni he bebido. Es la muchacha de la estación... la del auto...

Sí, era Mabel, rodeada de pretendientes, entre éstos, el más ilusionado, Camilo.

Alejandro miró fijamente a la hermosa joven, y ésta, extrañada de que él—a quien no había reconocido vestido de etiqueta—la mirase con tanto descaro, le dirigió una mirada de reproche, y en aquel momento, recordándole, sonrió. ¡Ah! Era el pueblerino... El simpático forastero.

Estimulado por la adorable sonrisa de Mabel, Alejandro le indicó, por señas, si quería bailar con él, y como ella le contestase con un leve movimiento de cabeza afirmativo, se levantó de su mesa, miró jovial y burlonamente a Eduardo, que creía soñar, y fué a reunirse a la bella señorita.

La música tocaba un nuevo baile. Camilo ardía en deseos de estrechar entre sus brazos a la ventajosa soltera, pero, al disponerse a ofrecerle su brazo, vió llegar a Alejandro.

¿Qué quería aquel imbécil?

Si lo que se proponía era sacarla a bailar, se equivocaba, porque él se lo impediría, anticipándose.

Pero se llevó chasco, porque Mabel accedió a bailar con Alejandro, prefiriéndole a todos los demás.

Alejandro era hombre de tan pocas palabras como extraordinaria acción. No dijo a Mabel, mientras bailaron, sino que era el mayor placer

para él haberla encontrado de nuevo y su más caro anhelo el no perderla nunca más de vista. Pero supliendo con hechos las palabras, la estrechó cada vez más contra sí, obligándola dulcemente a reclinar su linda cabeza sobre su pecho, como si quisiera arrullarla, y varias veces se pusiéreron en cálido contacto sus rostros.

Y Alicia, encantada de tener un primo tan interesante, sonría, sonría, mirando a su marido, como si le reprochase a éste el no saber ser tan cariñoso, tan hábil, como Alejandro.

Y Eduardo maldecía la hora en que se inventaron los trenes, porque, a pie o montado en un burro, el cargante Alejandrito no se hubiese atrevido a ir a Nueva York.

\* \* \*

Al día siguiente, Alejandro sofocó, sin él haberselo deliberadamente propuesto, un tono de disputa entre Alicia y Eduardo; a causa, claro está, de él.

—Hoy tengo que salir de compras—había dicho Alicia a su marido—. Tú te quedarás aquí a entretener a Alejandro.

Y Eduardo, que estaba hasta la coronilla de su primo, que sólo servía para vaciarle de cigarrillos sus bolsillos, respondió, airado:

—¿Que te crees que soy... un número de circo? ¡Cómprale un aro o una muñeca al primito del diablo!

—¡Eduardo! ¡No seas ofensivo!

—¡Déjame en paz!

—¿Qué?

—Bueno; quise decir que el adorado querubín me deje en paz.

Aquí, sin haber oído nada, entró Alejandro en el piso.

—Tengo una agradable sorpresa para vosotros—comunicó a sus primos.

Eduardo abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Vas a decirme quizás que has decidido marcharte?

—No soy tan ingrato como te imaginas. No se trata sino de que voy a trabajar con la Compañía de Automóviles Gaflart.

—¿Cómo?

—Toma... Lee...

Y Eduardo leyó:

#### DIRECTOR DE VENTAS

*se necesita. No hay tiempo para experimentos. Los aspirantes deben traer hechos o referencias inmejorables. Sueldo: 20.000 dólares año.*

*Dirigirse al Sr. Gaflart; Broadway 1560.*

—¿Y quién te ha presentado allí?—inquirió luego.

—No he ido todavía... pero ya veo que necesitan un hombre de mi temple.

—¡Eres fenomenal, chico! ¡Esto es para morirse de risa! Yo vendo automóviles desde hace diez años, y no me atrevería a solicitar un empleo como ese.

—Afortunadamente, tú no eres yo y yo no soy tú.

—Primo, te veo... y no te veo. Hazte mirar por un médico, créeme. Hay muchas celdas vacías y a ti te está esperando una...

—A palabras necias...

Seguidamente, llamó por teléfono a Mabel, con la que se había hecho buen amigo la noche anterior, bailando sin cesar todos los bailes.

—¿Quién es?—preguntó la dulce voz de la amada.

—¿Es usted, Mabelita? Yo soy... ya debe usted haberme reconocido, ¿no?

—Sí, Alejandro... ¿Qué desea usted?

—Esta noche doy una pequeña cena en el Ritz y quisiera que fuese usted de la partida...

—Con mucho gusto.

Eduardo no osaba ni respirar. Eso eran palabras mayores.

—Entonces, de acuerdo, ¿verdad? Y será usted tan amable que nos recoja, al ir para allí, a mis primos y a mí?

—Naturalmente.

Colgó el auricular, miró a Eduardo y a Alicia, y les dijo, con suma sencillez:

—Ya lo habéis oido, primos. ¡Y a ver tú, Eduardo, si te portas bien en la mesa! No vayas a beberle el agua que sirven después de los postres para lavarse los dedos, como lo hizo uno de mi pueblo.

—Aquí no necesitamos que nos digan lo que se

bebe y lo que no se debe beber, sabio Salomón.

—Te lo digo por si acaso.

—A mí no me tiene que enseñar nada un paleto como tú.

—¿Por qué estáis siempre a la greña?—intervino Alicia.— Parecéis perro y gato.

—¡Es tan bromista el primito Alejandro!

Pero Alejandro tenía razón... Eduardo no se bebió el agua a que hiciera alusión, sino que no observó la menor regla de etiqueta durante toda la comida, contrastando su vulgaridad con el espíritu de asimilación del pueblerino, quien antes de dar cuenta de un nuevo plato observaba cómo lo hacían los demás y la propia Mabel.

De sobremesa, ésta fijóse en que Alejandro lucía un anillo, y, sorprendida, preguntóle:

—¿Es usted casado, señor Henley?

—Y Alejandro, más sorprendido todavía, repuso, sin reparar en lo del anillo:

—No me obligue a precipitarme, señorita... Hablaré con usted de este asunto dentro de unos días.

Pasó el domingo... y llegó el lunes... el día que siempre es un gran día; el día en que Napoleón se rindió; el día en que empezó el Armisticio; el día en que Alejandro salió en busca de su colocación...

Le acompañaba, dispuesto a reírse varios kilómetros, Eduardo.

Alejandro se detuvo en mitad de la calle y dijo a su primo:

—Voy a hacer una visita a las oficinas de Munson.

—¡Arrea!

—Tú me dijiste que ese caballero es un buen comprador, pero que es casi imposible verle... Pues bien, voy a venderle algunos coches ahora mismo.

—¡Por Dios, Lafayette, que me vas a matar de risa! Yo te apuesto cincuenta contra uno a que no eres capaz de vender a Munson ni un neumático.

—Ven conmigo y verás cómo se porta un vendedor.

—Ya lo creo que voy, porque, por lo visto, si se te pone en la cabeza, te veo convertido en el amo de Broadway dentro de una semana.

—Dentro de una semana, no, pero dentro de diez días, sí.

A poco, en el despacho del señor Munson, o sea, del padre de Mabel—detalle que Alejandro ignoraba—, la secretaria opuso los reparos de siempre a anunciarle al jefe; pero el pueblerino, audaz, apeló a la galantería, y, reconocida, la gentil empleada accedió a llevar al señor Munson la hoja llenada por el visitante exponiendo el motivo de su visita y que era el siguiente: “Vender osos blancos de Siberia”, cosa, como se ve, muy fresca.

Eduardo se preparaba a “morirse” de risa.

Al reaparecer, la secretaria anunció que el señor Munson no podía recibir a nadie hasta dentro de media hora, pero Alejandro, envalentonado,

do por su afán de triunfo, y convencido de que los hombres civilizados no se comen a nadie, penetró en el despacho particular del jefe.

Este no le hizo el menor caso, entregado a la fiebre de sus múltiples ocupaciones, pero Alejandro se anunció personalmente, como si tuviera mucha prisa, y, obligado a atenderle viéndole en su presencia, el señor Munson le preguntó:

—¿Qué tiene usted que decirme acerca de los osos blancos de Siberia? ¿Me ha confundido usted, acaso, con un director de circo?

—Señor Munson, ¿un hombre de negocios como usted encontraría bien que yo hablase claramente delante de sus mecanógrafas?

—Esa es la costumbre... pero quizás tenga usted razón... ¿Sobre qué asunto va usted, pues, a hablarme?

—Sencillamente: sobre au-to-mó-viles.

—Pero...

El señor Munson se levantó de su sillón como presa de un ataque de demencia e increpó a Alejandro por su inconcebible atrevimiento.

Y Eduardo, que oyó los gritos, se dispuso a llamar una ambulancia para que viniese a recoger los restos del soñador.

—¡No hay derecho! ¡Todos se creen autorizados para venir a ofrecerme coches que aseguran ser los mejores del mercado!—clamaba el viejo.

Sin perder la serenidad, Alejandro replicó:

—Nuestra marca, señor Munson... la famosa marca Gaflart, *no* es la mejor del mercado...

es solamente un coche bueno al precio de uno malo... Si a usted le interesa, puede telefonearnos.

—¡No me interesa! ¡No me interesa!

—Piénselo bien... Yo he cumplido con mi obligación.

Fingió que se iba, pero deteniéndose ante un cuadro que colgaba de una pared lateral del despacho del nervioso señor Munson, lo contempló y no pudo menos de exclamar:

—¡Hombre!... No pensaba encontrarme aquí con una antigua amiga...

El señor Munson, recobrada la calma, le observó con sorpresa.

—Decía usted?

—Esta es mi amiga Betty Ross... de la raza más seleccionada de los Estados Unidos...

Era una vaca, adquirida, como se adquiere un cuadro o un objeto de gran valor, por el millonario.

—La conoce usted?

—¡Ya lo creo! Tres años viví a su lado, pero me parece que está más delgada. ¿Será que no la cuidan bien, señor Munson?

El millonario, tocado en su flaco, cambió en afable su actitud anterior.

—Hace tiempo que no es buena la alimentación. ¿No podría usted sugerirme alguna mejor?

—Lo haría con mucho gusto, señor Munson... pero tengo primero que cuidar de mi propia alimentación, y eso lo consigo vendiendo coches.

—Es verdad... Cada cosa en su punto... Es usted de los míos... Vamos a ver... Deme usted precio de cincuenta camiones.

Alejandro tuvo que apoyarse al borde de la mesa para no caerse.

—¿Ha dicho usted cin-cuen-ta? Espere un momento... Voy a consultar con mi jefe... Trántandose de una operación así...

Y llamó al señor Gaflart, al que no conocía, pero al que se daría a conocer de un modo infalible.

Afortunadamente, el señor Gaflart se hallaba en su despacho y pudo ponerse al aparato:

—Oiga... señor Gaflart... Está al aparato Alejandro Henley... su nuevo director de ventas...

—¿Cómo?... ¿Quién dice que es usted?

—Es urgente, señor... Deme precio para cincuenta de nuestros camiones... Estoy tratando de vendérselos al señor Munson... el gran hombre de negocios...

El señor Gaflart comprendió la idea de Alejandro y, complacido de su habilidad, repuso:

—El último precio es 35.000 dólares... y si hace usted esa operación, la plaza de director general de ventas es para usted.

—De acuerdo. Haga el favor de no olvidarse de hacer imprimir más papeles y tarjetas con mi nombre, porque los he terminado todos y me queda aún mucho por hacer.

—¡Buena suerte!

Alejandro transmitió la oferta al señor Munson, y éste, que necesitaba los camiones, firmó

el pedido, pareciéndole a aquél que soñaba despierto.

—Bueno... Ahora hablemos de la alimentación de Betty...

—Estoy a sus órdenes, señor...

Pero Alejandro no sabía dónde estaba.

En aquel momento entró en el despacho del jefe, como Pedro por su casa, Camilo, el flamante y antipático cazador de dotes.

—Ya ve usted que soy puntual, señor Munson; son exactamente las diez y media...

—Dispíñseme, Camilo—respondió el millonario—. Cinco minutos solamente... Estoy ahora muy ocupado con el señor Henley.

Los dos jóvenes se miraron y, al reconocerse, no se sonrieron, precisamente.

Camilo desapareció, mal de su grado, y el señor Munson, tratando en confianza a Alejandro, le habló de asuntos íntimos:

—Es un pretendiente de mi hija... y viene a pedirme su mano... a mí...

—Si su hija le quiere...

—No lo creo... Y yo, en su lugar... Fíjese en lo bonita... y en lo que vale y merece mi hija...

Alejandro tuvo que apoyarse de nuevo en la mesa, al ver que la joven del retrato que le mostaba el millonario, era la propia Mabel ¡su Mabel!

Y, rápido, pensando como el más consumado negociante, dijo al señor Munson, pretextando tener mucha prisa:

—Querido señor, el sábado por la tarde iré

a su granja y me cuidaré personalmente de su ganado.

—¡Excelente idea!

—Quiero que vea que me interesan mucho sus cosas.



*...vió salir juntos y sonrientes al millonario y a Alejandro.*

—Agradecido...

Y Eduardo, atónito, vió salir juntos y sonrientes al millonario y a Alejandro.

Éste, para dejar con un palmo de narices a Eduardo, lo presentó al viejo:

—El señor es mi primo, Eduardo Zilch; y

cuando yo vaya el sábado a su granja, Eduardo y su mujer vendrán conmigo, ¿no le parece?

—¡No faltaba más!

Un poco después, desaparecidos que fueron el millonario y Camilo, Eduardo, que no podía creer



*...le indicó que preguntase al señor Gallart quién era su nuevo director de ventas...*

en el éxito de su primo, le recordó que habían hecho una apuesta y que él la había ganado, pero Alejandro le contó todo lo ocurrido y, como última prueba, le indicó que preguntase al señor Gaflart, a quien él acababa de enterar de la realización de la venta, quién era su nuevo director

de ventas, oyendo Eduardo pronunciar *muy claramente* el nombre del provinciano pariente.

¡Eso sí que era la caraba en salsa tártara y hasta con tomate!



*Los primos le acompañaron a la granja...*

\* \* \*

Llegó el sábado, el día de gloria, el día que resucitó el Señor y el día que Alejandro *resucitaría* a una nueva vida, a la vida del amor, porque todo estaba dispuesto para el triunfo definitivo.

Los primos le acompañaron a la granja del se-

ñor Munson, y ya en ella, Alejandro se vió con Mabel, con la que no había cesado de relacionarse; y, hombre de acción, se llevó a la amada al jardín, y en él le habló claramente.

Nada. Que se quería casar, que no podía seguir viviendo sin tenerla a ella a su lado; y como



*...se vió con Mabel...*

Mabel le amaba... el señor Munson, los primos y el flamante Camilo sorprendieron a los enamorados besándose larga, muy largamente.

El señor Munson, estupefacto, pero accediendo a la felicidad de su hija, dijo a Eduardo, que no estaba menos estupefacto que él:

—Hay que reconocer que su primo trabaja aprisa y bien.

—Y eso que es de pueblo—contestó Eduardo, admirando sinceramente al afortunado—. Si llega a ser de ciudad, lo vemos hecho Emperador.

Luego, a solas, Eduardo exclamó, estrechando la diestra de su primo:

—¡Alejandro... eres GRANDE!

F I N

**Muy en breve**

en las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

**EL DESPERTAR**

por VILMA BANKY

Le interesa

30 cts.

**La Novela de la Modistilla**

NO SE OLVIDE DE

**La Novela del Chofer** 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas



Ha sido revisado por la Censura

029 NAC (8)

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

